

## **RESEÑAS**



BERMEJO BARRERA, José Carlos: *Sobre la Historia considerada como poesía*. Edit. Akal, col. Akal. HIPECU, 73 pp. ISBN: 84-460-2286-9.

No es muy frecuente entre los estudiosos españoles de la Antigüedad dedicarse con asiduidad a problemas teóricos de la historia; el caso del profesor José Carlos Bermejo es un tanto insólito. Su trabajo de investigación está repartido entre el estudio de las mitologías y religiones antiguas, especialmente el mundo griego, y la filosofía de la historia; con ambos saberes desarrolla su trabajo que intenta alejarse de los caminos convencionales de la práctica histórica.

El breve ensayo, apenas setenta páginas, es de una gran densidad conceptual, densidad que no está exenta de riesgos que el propio autor asume desde el comienzo. El título escogido es una buena muestra de ello «la Historia como poesía». Él es consciente que se aleja tanto de las teorías posmodernistas, que conciben el trabajo de historiar como una mera narración y un género más dentro del arte literario, como de aquellos que consideran la historia dentro de las ciencias sociales, es decir, con el mismo estatus de ciencia que pueda tener, por ejemplo, la sociología.

Parte de la argumentación de la historia como función poética, en tanto que recoge en su saber tres elementos sustanciales: la descripción, la evocación y la expresión; elementos presentes en los poemas, pero que no dejan de ser formas de conceptualización opuestas entre sí. En gran medida es esta contradicción que subyace en la propia historia la que el autor quiere remarcar, para ir desmontando los distintos talleres históricos que a lo largo del siglo XIX y XX han construido la disciplina histórica.

Partiendo de la premisa, generalmente reconocida por los historiadores en la actualidad, que la historia que se hace del pasado es, y utilizando las palabras de Croce, «historia contemporánea» (p. 39), el autor des-

monta en primer lugar el trabajo de la escuela positivista, desde su forma de enfrentarse a los textos como la utilización política que la historia cumplía en aras del Estado nacional-capitalista del siglo XIX. Sin embargo, aquí reside –a nuestro entender– uno de los logros del libro: no se complace en criticar una manera caduca de hacer historia en el pasado, como fue el positivismo. A través de un discurso riguroso que surge tanto de la filosofía de Xavier Zubiri, del propio Kant, Aristóteles, Platón, etc., así como de elementos freudianos y de crítica de los propios mecanismos de autoridad, presentes en la ciencia en general y en las ciencias sociales particularmente (p. 51), nos pone ante una realidad: la construcción histórica contemporánea cae en los mismos defectos teóricos –políticos que en pleno auge del positivismo–<sup>1</sup>.

Sin embargo la crítica es más radical y no se circunscribe a una escuela, tampoco el marxismo o materialismo histórico, al menos en su corriente más mecanicista y en sus principales teóricos, queda muy bien parada. Decimos que la crítica que hace a la construcción histórica es más radical, en tanto en cuanto ataca el empeño por parte de los historiadores de desarrollar una ciencia histórica del pasado. Las páginas más beligerantes están en este campo de tal modo que la base de sus propuestas se fundamentan en colocar a la historia fuera del panorama científico (pp. 33, 52). Está claro que es una propuesta que ha tenido y tiene seguidores desde Bacon, cuando éste hizo una triple división de la historia, y diferenció

1. Esto ha sido señalado también por diversos autores españoles aunque desde otros presupuestos, señalamos a alguno de ellos, AROSTEGUI, J.: *La investigación histórica. Teoría y método*. Crítica, 2001; HERNÁNDEZ SANDOICA, E.: *Tendencias Historiográficas Actuales*. Akal, 2004. La utilización de la historia del mundo clásico con fines políticos o etnocéntricos ha sido señalada por PLÁCIDO, D.: *Introducción al Mundo Antiguo*. Síntesis, 1993.

claramente la historia natural de la historia del hombre. Es tal vez este punto el más polémico y con el que menos de acuerdo estamos. Creemos que no es cuestión de expresiones maximalistas tipo «la historia es ciencia o no es nada», expresión que a veces se oye en ciertos medios académicos, pero sí que la historia no puede ser dejada solamente a una especie de «sentido»<sup>2</sup>. El problema radica en qué entendemos por ciencia, y es aquí donde creo que el profesor Bermejo recoge una definición que se adapta a la ciencia en abstracto y se acerca a los planteamientos de las ciencias de la naturaleza, aunque no a las ciencias sociales, pero existen otras definiciones de «ciencia» y en todas ellas hay algo en común donde prima el principio de abstracción, sistematización, y de cierta, aunque sea muy primaria y limitada, formalización de los fenómenos, elementos que están presentes todos ellos en el quehacer histórico<sup>3</sup>.

A partir de ese supuesto previo el autor intenta demostrar que otra historia es posible, donde su no cientificidad no limita su validez sino que abre posibilidades a las que otras disciplinas científicas no pueden llegar. Fundamentándose a través de los principios ontológicos de certeza y de captación de las esencias de la realidad, va desarrollando

2. Estamos de acuerdo en que no hay conocimiento que no vaya acompañado de la capacidad de sentir, más aun el sentir forma parte del punto de partida de todo saber, véase GÓMEZ DE LIAÑO, I.: *Breviario de filosofía práctica*. Madrid, 2005, p. 27.

3. Es una polémica difícil de resolver sobre todo si se parte del presupuesto de que ciencia e historia carecen de toda relación, dado que la ciencia opera mediante deducción, observación y experimentación y la historia mediante intuición. El substrato histórico de esta polémica está en si limitamos las ciencias a ciencias de la naturaleza o partiendo de la propuesta kantiana establecemos otras clasificaciones. Estas otras ciencias, del espíritu o de la cultura, no tienen por qué mantener todos sus caracteres comunes con las ciencias de la naturaleza.

las posibilidades de una historia que sea ideología, entendida de manera positiva y amplia, un estudio de las ideas, señalando el propio autor que «Aceptar la historia como ideología, en sentido positivo del término, supone abandonar el concepto de historia-ciencia, en el que siguen asentados muchos historiadores, y reconocer que la apelación al carácter científico de la historia no es más que un argumento de autoridad utilizado con el fin de dar validez al conocimiento histórico, cuando ese conocimiento se utiliza como ideología del Estado-nación, en los siglos XIX y XX, o de los sistemas llamados socialistas y del capitalismo en el siglo XX» (p. 48).

Su propuesta final es sugerente, hay que ir a los documentos del pasado, pero hay que leerlos con distanciamiento, aunque no a través de un proceso de objetivación, lastreado por el poder del Estado o académico; sino que a partir de la intuición establecer una relatividad que no le instale en las certezas pero tampoco en la mera intuición. A nuestro entender una difícil proposición que corre el peligro de primar la parte intuitiva y caer en un neohistoricismo. Creemos, sin embargo, que el autor es consciente de ello porque nos avisa de la necesidad de mantener «una tensión fundamental entre ambos términos, tensión que constituye la mayor virtud de esta disciplina».

Terminaremos señalando que el libro, de un conocimiento y un rigor teórico indudables, se articula en cuatro capítulos: empezando por la defensa de la historia como poesía para a continuación pasar a la búsqueda que es común a todos los que se dedican al oficio de historiador, la necesidad de la certeza, apostando claramente en contra de la visión de L. von Ranke y a favor del concepto de *inteligencia sentiente* de Zubiri (p. 26). El tercer capítulo se abre con una pregunta «¿Pueden los historiadores predecir el futuro de su disciplina?», terminando con una respuesta alentadora en el sentido de que los historiadores pueden

contribuir al futuro inmediato no tanto como supuestos científicos sino como «configuradores de opinión pública» (p. 53). Finaliza su ensayo con un plantamiento sobre los textos y los métodos de trabajo de los historadores, y la relatividad en definitiva a que está sometida la práctica historiográfica.

No quiero finalizar sin antes señalar que la complejidad del texto, dada la gran cantidad de argumentaciones y propuestas diferentes que contiene, ha hecho difícil verter de manera totalizadora su contenido, esperamos que este breve acercamiento a la obra sirva para animar a la lectura de trabajos historiográficos, como éste, que se apartan de los caminos convencionales.

Manuel Rodríguez Gervás

CARLIER, Pierre: *Homero*. Madrid: Akal, 2005, 250 pp. ISBN: 84-460-2151-X.

Este interesante estudio literario-histórico sobre Homero del profesor de Historia griega de la Universidad de París X-Nanterre Pierre Carlier nos ofrece una nueva visión sobre la figura, la obra y el mundo de tan enigmático personaje. Como dice el autor, «cada año cientos de estudios son consagrados a Homero» (p. 10), lo que nos puede dar una idea de la importancia que tiene el conocimiento del mundo homérico para la comprensión de las raíces de nuestra civilización, las obras que constituyeron, en definitiva, el fundamento de la educación y la cultura griegas. No cabe duda de que la llamada «cuestión homérica», es decir, los problemas relativos a la identificación, datación y patria de Homero, y a la autenticidad y la unidad o no de la composición de la *Iliada* y la *Odisea*, es uno de los temas sobre el que, ya desde la Antigüedad, más tinta ha corrido. El libro que reseñamos presenta esta «cuestión homérica» con una gran claridad y rigor, empleando para ello no sólo los propios poemas, sino haciendo uso

de los datos arqueológicos de los que disponemos, ya que el principal objetivo de esta obra es examinar en qué medida las obras homéricas pueden ser utilizadas como fuentes.

Comienza el profesor Carlier presentando un balance de los conocimientos actuales sobre la Grecia preclásica, con independencia de Homero (pp. 13-48), en el que nos muestra los avances en el conocimiento histórico desde las excavaciones de Heinrich Schliemann en Hissarlik, en busca de Troya, y en Micenas, tras la tumba de Agamenón, y las excavaciones de Evans en la colina de Cnosos donde habría reinado el famoso Minos así como las de Blegen en Ano Englianos (Mesina) para localizar el palacio de Néstor, y el descubrimiento allí de las tablillas en lineal B que serían descifradas por el joven arquitecto Michael Ventris en 1952, demostrando la continuidad lingüística con la Grecia arcaica y clásica.

Carlier expone, de manera clara y rigurosa, el estado actual de los conocimientos sobre la transición del mundo micénico a las ciudades arcaicas, para pasar a continuación, en el capítulo segundo (pp. 49-67) a introducirnos en la «cuestión homérica» que, evidentemente, tiene una gran incidencia en la interpretación histórica que podemos hacer de los textos homéricos. En este apartado se hubiese agradecido quizás el que hubiese prestado una mayor atención a otras obras que nos han llegado atribuidas a Homero, en especial los 33 *Himnos Homéricos*, a los que sólo dedica unas breves líneas en la página 64, y que sin embargo constituyen una fuente de gran importancia para el conocimiento de la mitología, la religión y las mentalidades.

La parte central del libro, los capítulos 3 y 4 (pp. 69-110 y 111-152) son resúmenes pormenorizados de la *Iliada* y la *Odisea*, respectivamente, y pese a que están expuestos con una gran claridad, puede decirse que se trata de la parte del libro que menos